

Homilías Domingo 26 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: -Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán.

Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno, y gritó: -Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas.

Pero Abrahán le contestó: -Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro a su vez males; por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces.

Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros.

El rico insistió: -Te ruego entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento.

Abrahán le dice: -Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen.

El rico contestó: -No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán.

Abrahán le dijo: -Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Una estudiante cuenta lo que le ocurrió en un examen.

Durante mi segundo mes en la escuela de enfermería el profesor nos hizo un test. Yo que era buena estudiante contesté a las preguntas con rapidez

hasta que llegué a la última pregunta: "¿Cuál es el nombre de la señora que limpia la escuela?"

Me parecía una broma. Yo la había visto, era alta, de pelo oscuro y de unos 50 años, pero ¿cómo podía saber su nombre? Dejé la pregunta sin contestar.

Antes de terminar la clase, alguien preguntó si esa pregunta también contaba para la nota.

Por supuesto, dijo el profesor. A lo largo de sus vidas encontrarán muchas personas. Todas son importantes. Todas merecen su atención, incluso si sólo les dicen hola o les sonrían.

Nunca olvidé esa lección y también aprendí el nombre de la señora, se llamaba Dorotea.

¿Sabe usted el nombre de la persona que está a su lado? ¿No?

Pregúnteselo. Esa persona es muy importante, aunque no lo parezca, es hijo e hija de Dios. Es una pregunta que Dios nos hará al final, en el test definitivo y contará más que cualquier otra.

Este cuento de Jesús (Lázaro y el rico Epulón) no es muy popular. Si usted tuviera que elegir entre los 10 mejores pasajes del evangelio, ¿estaría este cuento entre sus 10 favoritos? Probablemente no. ¿Por qué?

A todos nos gusta oír a un predicador que tiene el cielo en la mano como regalo, pero no nos gusta que nos hablen del otro lugar (Infierno). Jesús también habla de él.

Nosotros hablamos del infierno de la droga, del infierno de la guerra, del infierno de la pobreza... y declaramos la guerra a todo para crear aquí, en este mundo, un cielo a nuestra medida. Y algunos viven tan bien aquí que no se acuerdan del cielo de Jesús hasta que la tragedia les ataca.

No hay zonas libres de drogas ni zonas libres de muerte y no hay zonas libres de Lázaros, es decir, de pobres.

Jesús dice "los pobres siempre los tendréis con vosotros". Y esta sí que es una guerra justa, digna y querida por el Señor. Pero son pocos los soldados y las armas para luchar contra la pobreza de Lázaro.

Jesús nos cuenta la historia de un hombre rico que aquí había encontrado su cielo, comía bien, vestía mejor y lo tenía todo pero desde este cielo suyo no veía a Lázaro, pobre, con hambre, vestido de harapos y lleno de llagas, ignorado, no amado, vivía aquí en su infierno.

Todos sabemos que el cielo y el infierno de la tierra son pasajeros y de doble dirección.

Seguro que conocéis a gente que han salido del infierno de la pobreza... y otros, por su mala administración y su mala cabeza del cielo y la fama bajaron al infierno del olvido.

Al final de la vida todo es irreversible. Ya no se puede elegir.

Lázaro fue llevado al cielo cerca de Abrahán. El rico fue llevado al infierno, al lugar del tormento.

¿Por qué fue Lázaro al cielo? Lucas no nos lo dice, no nos dice que fuera cursillista, carismático, catequista o sacerdote... simplemente nos dice que era pobre, no más adjetivos.

¿Por qué fue el rico al infierno? Lucas no nos dice que fuera malo, ladrón, explotador...

Simplemente nos dice que no vio a Lázaro tendido a su puerta.

Y Dios que sí ve y sí oye el clamor de los Lázaros de este mundo dio a cada uno su cielo o su infierno.

Y Dios que sí ve y tiene predilección por los Lázaros cambió sus destinos para siempre.

El evangelio está lleno de alusiones y de guiños que Dios hace a los suyos, a los pobres.

Magnificat: "El Señor colma de bienes a los hambrientos y a los ricos los despide vacíos". Lucas 1, 52

"El Señor me ha enviado a traer la Buena Noticia a los pobres". Lucas 4, 18

"Felices los pobres y ay de vosotros los ricos". Lucas 6, 20

"No se puede servir a Dios y al dinero". Lucas 16, 9

La riqueza, ídolo del mundo y cielo aquí, nos cierra los ojos a la riqueza del amor de Dios y nos impide ver y redimir el infierno en que viven los pobres.

El camino hacia el cielo verdadero y para siempre, el cielo de Dios, pasa por ver con los ojos de Dios, del amor, al hermano. No digas "yo no soy el rey del petróleo", "yo no soy Bill Gates....este evangelio es para ti y para mi.

Tú eres, también, uno de esos cinco hermanos que tiene que aprender el camino del amor.

No pidas milagros. Simplemente escucha la Palabra y abre los ojos.

(B)

Cuando alguien me dice que ha escuchado hablar mal de mí me alegro. Quiere decir que aún estoy vivo y preocupo. Lo peor suele ser cuando nadie dice nada de ti. Porque quiere decir que ya no existes.

Hay demasiada gente muerta que no está en los cementerios.

Anda por las calles. Pero no interesa a nadie.

Nadie se fija en ella. A nadie preocupa.

Camina por la vida pero no habita en ningún corazón.

Y sólo estamos vivos cuando algún corazón nos abre la puerta y nos manda entrar.

La parábola del rico y de Lázaro, tendido al otro lado del portón, pudiéramos llamarla la “parábola de la indiferencia e insensibilidad”.

En ningún momento se dice que el rico fuese mala gente.

Ni tampoco se dice que sea malo vivir bien.

Ni se le acusa por ser rico.

Lo que se critica en este rico es su “frialdad para con los demás”, su “indiferencia e insensibilidad” para con un pobre mendigo que no pide mucho. Se contentaría, como los perritos, con poder comer las migajas que caen de la mesa y que luego la empleada barre y las tira al saco de la basura.

La indiferencia para con los demás es la mejor manera de vivir en la burbuja de su soledad, ajeno a todo y a todos.

Los demás no existen para él.

Los demás no tienen importancia.

Se puede vivir sin ellos. Y no pasa nada.

La indiferencia nos hace además “insensibles”. Y la insensibilidad es una de las señales que también uno está muerto por dentro, por muy opíparamente que coma y beba.

Después de un accidente, una de las primeras cosas que suelen hacer los médicos es comprobar que los miembros, los brazos, las piernas, las manos, la cabeza tienen sensibilidad.

Cuenta un sacerdote:

En 1963 sufrí un tremendo accidente de coche muy cerca de Vitoria.

Nuestro auto dio no sé cuantas vueltas de campana. Felizmente yo salí despedido, pero mi compañero que conducía quedó atrapado entre el asiento y el timón. Yo lo movía y no daba señal alguna de vida. Pensé que estaba muerto. Y en mi atolondramiento decidí darle la absolución. Unos chicos nos recogieron y nos llevaron al Hospital que estaba cerca. Yo, preocupado y sin saber que hacer. De pronto, escucho que dice: “me duele esta pierna”. Recuerdo que dije una piadosa lisura y grité: “entonces estás vivo”. Me volvió el alma al cuerpo. Le dolía. Estaba vivo. No estaba muerto. Sólo eran tres fracturas en la pierna izquierda. Esas se curaron en seis meses de reposo.

El verdadero problema del rico, que conocemos con el apellido de “Epulón”, no era ser rico, ni el vestir de púrpura, ni el banquetear espléndidamente. Su problema era que por dentro estaba muerto. Su corazón no tenía sensibilidad. Su corazón era insensible ante el pobre Lázaro.

Su corazón no tenía sentimientos. Su corazón era incapaz de reaccionar “ni aunque un muerto resucite”.

La inmensa mayoría de nuestros problemas humanos tenemos que encontrarlos en nuestro corazón. La indiferencia y la insensibilidad no nos impiden ver la realidad, pero sí pone anestesia en nuestro corazón para no sentir nada.

Que hay mucha hambre en el mundo. Ya lo sabíamos. Nosotros seguimos igual.

Que hay muchos ancianos que viven en la soledad. Ya lo sabemos.

Nosotros seguimos igual.

Que hay muchos niños mendigando en la calle. Ya lo sabemos. Los vemos todos los días. Pero nosotros seguimos igual.

Que hay mucha gente en paro laboral, desesperada por no poder llevar un pan a casa. Ya lo sabemos. Nosotros seguimos igual.

No. Nosotros no somos culpables ni del hambre del mundo, ni de la soledad de los ancianos y enfermos, ni de los niños de la calle, ni del paro.

Nosotros somos culpables por nuestra indiferencia e insensibilidad.

Al rico de la parábola no se le acusa ni se le hace responsable de que Lázaro sea un pobre mendigo. Se le condena por su insensibilidad ante el hambre del mendigo que está al otro lado del portón.

A veces, lo que los demás necesitan no es que les solucionemos sus problemas.

Sólo nos piden que no nos resulten indiferentes ni seamos insensibles para con ellos. Que su realidad “nos duela” un poquito en el corazón. Que les demos vida en nuestro corazón. Porque sólo cuando comenzamos a sufrir y a sentir en nuestro corazón el problema de los otros, entonces comenzamos a hacer algo por ellos.

Y porque sólo entonces podemos decir que “también nosotros estamos vivos...”

(C)

Ya recibiste tus bienes durante la vida, y Lázaro, en cambio, males. Ahora él está aquí consolado mientras tú estás atormentado

En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro, Jesús resaltaba la insolidaridad y las desigualdades escandalosas entre los seres humanos. Seguramente Jesús, a través de sus viajes por los pueblos de Israel, había visto a gentes que vivían muy bien y derrochaban, mientras otras muchas personas pasaban mil penalidades y hubieran deseado las migajas de los derroches de los ricos. Nosotros también conocemos situaciones en las que se sigue dando la misma desigualdad escandalosa y la misma insolidaridad entre personas, entre regiones y entre países. Detrás de cada epulón que derrocha frenéticamente hay muchos pobres que rebuscan angustiados las migajas.

Nosotros sabemos que Jesús tenía buen corazón y le dolían mucho las desigualdades y los desprecios hacia los pobres. Con estos datos de la vida en Israel, Jesús construyó una parábola en la que hablaba de un rico que banqueteara espléndidamente y vestía de púrpura y lino, mientras en su portal había un mendigo cubierto de llagas deseando saciarse con lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. El rico epulón es el prototipo de la gente que tiene de todo y derrocha escandalosamente sin pensar en los pobres.

Recordemos que a esa gente satisfecha e insolidaria también la criticaba en su tiempo el profeta Amós en la primera lectura. Dice de ellos que se acostaban en camas de marfil, que comían y bebían exquisitos manjares, que se entretenían canturreando al son del arpa, que utilizaban los mejores perfumes y que inventaban nuevos instrumentos musicales, pero no se dolían de los desastres de su pueblo. Parece que no se enteraban ni se compadecían de los pobres. Vivían muy entretenidos en sus vanidades de gentes satisfechas sin caer en la cuenta de la angustia de los pobres. El profeta Amós les anuncia entonces un castigo: irán los primeros al destierro y se acabará la orgía de los disolutos. Se ve que al profeta Amós también le molestaba mucho la insensibilidad de la gente satisfecha.

Jesús, en la parábola, también habla de los tormentos con que Dios castiga al rico epulón. Jesús no se entretiene en decir de él que fuera mala persona o que hubiera robado. Su pecado horrible, por el que fue llevado al infierno, es que no tuvo compasión ni sensibilidad hacia el sufrimiento del pobre que tenía en su puerta. Todo esto es sólo una parábola, pero con ella Jesús quiere enseñarnos muchas cosas. Como si quisiera avisarnos: ¡cuidado con ser gentes de corazón duro que no os compadecéis de los que sufren! ¡Cuidado con no enteraros, con cerrar los ojos a los pobres, con encerraros en vuestra isla de bienestar, sin pensar en nadie más! ¡Cuidado con que os preocupen más vuestros caprichos que las angustias y las necesidades de los que sufren! ¡Cuidado con no hacer

caso a la Palabra de Dios, que os llama a ser solidarios, porque ya no cambiaréis vuestra vida ni aunque resucite un muerto! ¡Cuidado con que vuestra vida cómoda no se convierta en un insulto o en un desprecio hacia los más pobres y los que más sufren!

Por ser seguidores de Jesús habremos de tener una sensibilidad *muy* especial que nos hace ponernos en la piel de los que sufren. La lista de los pobres que nos encontraremos en la vida es inmensa. Sólo tenemos que abrir los ojos para verlos y abrir el corazón para acogerlos como hermanos. Los cristianos no podemos vivir de espaldas a los sufrimientos de los pobres de Dios. Sabemos que son hermanos nuestros y que el Señor los quiere y los defiende. Son sus preferidos. Así nos lo enseñó Jesús y esta lección no se nos puede olvidar nunca.

(D)

“..... banqueteaba espléndidamente”

“..... echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de comer lo que tiraban de la mesa del rico”.

“Y hasta los perros se acercaban a lamerla las llagas”. Está mal abusar de los demás.

Está mal aprovecharse de los demás.

Está mal explotar al pobre.

Pero, peor es la indiferencia ante del dolor y el sufrimiento de los otros.

Porque, la indiferencia:

No hace nada.

Sencillamente ignora al resto.

Sencillamente los demás no existen para uno.

Es la manera más expresiva de demostrar la poca importancia que tienen los demás.

Los demás no existen para él.

Los demás no son nada.

Un simple portal separa a los hombres.

Fuera la necesidad y el hambre.

Dentro el bienestar y el banquetear espléndidamente.

Dentro las migajas que caen de la mesa.

Fuera el estómago vacío.

Unas migajas, que no es mucho, que no sirven para nada.

Mientras tanto alguien que las ansía al otro lado del portón.

La parábola de Jesús no condena al rico vestido de púrpura y lino, por ser un hombre que explote a los demás,
un hombre que se aproveche de los demás,
un hombre que se enriquece a cuenta de los demás.

Lo que Jesús condena en él:

No es que vista bien.

Que coma y beba bien.

Sino que es un hombre indiferente ante los demás.

Un hombre para quien los demás no existen.

Los demás no tienen rostro.

Los demás no tienen estómago.

El hambre de los demás no le dice nada.

El estómago vacío de los demás le trae sin cuenta.

Las llagas y heridas de los demás, no llegan a sus ojos y menos a su corazón.

Hablamos mucho contra los explotadores de los demás.

Hablamos mucho contra los que se hacen ricos a cuenta de los demás.

Pero a Jesús le duele mucho más nuestra indiferencia.

A Jesús le duele que los demás no logren tocar nuestro corazón.

A Jesús le duele ese portón que nos encierra en nuestro propio mundo.

A Jesús le duele ese portón que nos impide ver el dolor y el sufrimiento que hay al otro lado.

Hace unos días fallecía el rumano, que quince días antes se había prendido fuego a lo bonzo en Castellón. Su hija explicó que su padre estaba desesperado y que necesitaban 400 euros para pagar los billetes de regreso a su país, "pero nadie nos ha ayudado". Este hecho dramático denuncia que pertenecemos a una sociedad egoísta, metálica y que el dinero nos inhumaniza. Con frecuencia nuestras necesidades no terminan nunca, nuestro bienestar personal o familiar nos absorbe hasta tal punto que nos impiden pensar en el otro, ver al de al lado...

La insensibilidad y la indiferencia.

Dos pecados muy comunes a todos nosotros.

Vemos pero sin ver.

Vemos pero no nos enteramos.

Sencillamente no vemos cuando el corazón no ve.
No vemos cuando el corazón sigue indiferente.
No vemos cuando el corazón no siente.

Pasamos de largo y no nos enteramos de nada.
Pasamos de largo y no vemos al hombre llagado.
Pasamos de largo y no vemos al hombre con hambre.

¿Serán los perros más sensibles que los humanos?
Sabía que los perros son los mejores amigos de los hombres.
Pero puede que sean también más humanos que los hombres.
Lo que nosotros no vemos, los perros lo lamen.
Y no eran precisamente suyos estos perros.
Eran los perros del barrio.

La insensibilidad es una de las señales de falta de vida.
La insensibilidad es una de las señales de que nuestro corazón está muerto.

(E)

“Las personas dilatan el corazón, las riquezas lo empequeñecen”.

¡Qué parábola más actual la del Evangelio de hoy! Tanto a nivel de personas, como de instituciones y de Estados.

Ricos y pobres:

Personas y pueblos que tienen todo y que despilfarran.

Personas y pueblos que carecen de lo esencial para una vida humana digna.

Personas y pueblos que echan a perder las cosas.

Personas y pueblos que se ven obligados a recoger las migajas que caen de las mesas de los ricos.

Ricos hartos que no están nunca satisfechos, que disfrutan de sus bienes y los despilfarran para su placer personal... Ricos hartos que se niegan a dar al pobre aquello que le es necesario para cubrir sus necesidades más vitales.

Siempre encontramos mil y una razón para justificar nuestro egoísmo:

“Los bienes son míos, me los he ganado yo”.... “Que trabajen y no habrá tanta miseria en el mundo”..., “la vida está cara y se necesita mucho dinero”... “que les ayuden quien tiene y puede ayudarles”... “siempre

habrá pobres en el mundo, yo no puedo solucionar el problema de la pobreza”...

Con frecuencia, cerramos los oídos al clamor de los pobres, ahogamos sus voces con el ruido de los motores y de la música; evitamos su presencia con viajes, prisas, reuniones, negocios...

Y, con todo esto, el corazón se vuelve cada día más egoísta, se va cerrando, empobreciendo, hasta el punto de quedarse más insensible a la miseria humana que los mismos animales.

En la parábola del Evangelio, los perros comprenden mejor las necesidades de Lázaro que el ricachón harto y autosuficiente.

A la hora de la verdad, aquel que parecía —y se creía— tan rico, será el más miserable y no tendrá ni una “gota” de agua... su corazón estará seco; habrá perdido irremediablemente, para siempre, su capacidad de amar y compartir.

Mientras que Lázaro, el pobre sencillo y humilde, que se alimentaba con las migajas, y que acogía, agradecido, el gesto de los perros, a la hora de la verdad, será rico, porque tendrá el corazón abierto al amor infinito de Dios y de los hermanos. Será rico en felicidad para siempre.

La parábola evangélica de este domingo no pretende intimidarnos con la amenaza de un castigo en el “más allá”; ni tampoco consolarnos con la promesa de un premio.

Pero sí que pretende amonestarnos severamente, indicándonos que la suerte del más allá nos la jugamos: hoy y aquí abajo, en el momento presente.

Es el presente el que queda fijado en “eternidad”. Es el “más acá” el que se transforma en “más allá”.

Los encuentros se dan aquí abajo. Las relaciones se estrechan en esta tierra. Las citas decisivas son para hoy.

Es aquí y ahora donde hemos de construir la “eternidad”, porque ésta no es sino una prolongación de lo que aquí hayamos construido.

Alguno, igual podría objetar, que al menos en el rico, el más allá constituye un vuelco total: Aquí, buena vida. Allí, un desgraciado.

Pero yo os preguntaría ¿estáis seguros de que aquí era feliz?. ¿Estáis seguros de que el “banquetear”, ponerse vestidos de lujo, acumular dinero, es fuente de felicidad? Sostengo que no existe mayor tormento que una vida vacía o llena de cosas inútiles. No existe mayor tortura que el aislamiento, el cerrarse a los demás, el no ver más allá del propio plato, el no saber usar las manos en el gesto del don.

Y, aunque muchas veces, se pretenda ahogar las exigencias del espíritu con la carcajada y la despreocupación, con el ruido y la disipación; si

cayeran las máscaras, nos encontraríamos con abismos de desesperación, con el infierno.

El infierno que el rico se había construido ya aquí. Y que el del “más allá” no es sino una prolongación del de aquí.

Acojamos la severa amonestación que la Palabra de Dios hoy nos hace, invitándonos a estar atentos a las citas del presente y procurar que nuestro corazón no sea un trozo de piedra, sino que sepa atender y escuchar las necesidades de los hermanos.

(F)

Un mendigo llamado Lázaro Lc 16, 19-31

La parábola de Jesús describiendo la crueldad de un rico que banquetea espléndidamente cada día, ignorando al pobre Lázaro que junto a él se muere de hambre, no es una «exageración oriental», sino algo que está sucediendo ahora mismo en nuestro planeta. Un puñado de países obsesionados sólo por su propio bienestar sigue su marcha abandonando a las dos terceras partes del mundo en el hambre y la miseria más inhumana.

Estos días hemos conocido el informe de UNICEF sobre el Estado Mundial de la Infancia 2002. Su título es bien significativo: «*Promesas rotas*». Los 22 países más ricos de la Tierra no cumplen sus promesas. La última década ha sido una de las más prósperas que se recuerdan, pero la ayuda a los «países del hambre», lejos de crecer, está disminuyendo. El resultado es desolador. Más de 10 millones de niños mueren cada año por el hambre y la falta de higiene. Cerca de 149 millones están mal- nutridos.

Millones de niños y niñas viven atrapados por la explotación laboral, la esclavitud y la prostitución. Más de dos millones han muerto en los conflictos armados de esta última década.

¿Cómo podemos seguir soportando por más tiempo nuestro cinismo e hipocresía? ¿Cómo podemos seguir hablando de «progreso», de «valores democráticos», de «defensa de las libertades»? ¿Dónde están las Iglesias? ¿Dónde los cristianos? El Mundo del Bienestar es, en buena parte, de cultura cristiana. Los que durante siglos venimos explotando a los países más pobres de la Tierra o abandonándolos en la miseria y desesperación somos pueblos que dicen creer en Dios. Pero, ¿qué Dios es éste que no es capaz de sacarnos de nuestra increíble ceguera?

No es ciertamente el Dios proclamado por Jesucristo, un Dios Padre para todos. No es lo mismo creer en Dios o creer en un Padre que sólo quiere el

bien, la dignidad y la dicha de todos sus hijos e hijas. Los hombres se destruyen unos a otros en nombre de Dios pero nunca podrían hacerlo en nombre de un Padre que ama a todos. Los creyentes satisfechos del Primer Mundo hacen sus rezos a su Dios mientras niegan su solidaridad a los hambrientos de la Tierra, pero no podrían ni por un momento dirigirse al Padre de todos sin sentirse llamados a luchar por una vida más digna para sus hijos e hijas que mueren de hambre y miseria.

(G)

Banqueteaba espléndidamente... Lc 16, 19-31

Conocemos la parábola. Un rico despreocupado que «banquetea espléndidamente», ajeno al sufrimiento de los demás y un pobre mendigo a quien «nadie daba nada».

Dos hombres distanciados por un abismo de egoísmo e insolidaridad que, según Jesús, puede hacerse definitivo, por toda la eternidad.

Adentrémonos un poco en el pensamiento de Jesús. El rico de la parábola no es descrito como un explotador que oprime sin escrúpulos a sus siervos. No es ése su pecado. El rico es condenado sencillamente porque disfruta despreocupadamente de su riqueza sin acercarse a la necesidad del pobre Lázaro.

Esta es la convicción profunda de Jesús. La riqueza en cuanto «apropiación excluyente de la abundancia», no hace crecer al hombre, sino que lo destruye y deshumaniza pues lo va haciendo indiferente, apático e insolidario ante la desgracia ajena.

El fenómeno del paro cada vez más masivo está haciendo surgir un nuevo clasismo entre nosotros. La clase de los que tenemos trabajo y la clase de los que no lo tienen. Los que podemos seguir aumentando nuestro bienestar y los que están parados. Los que exigimos una retribución cada vez mayor y unos convenios cada vez más ventajosos y quienes ya no pueden «exigir» nada.

La parábola es un reto a nuestra vocación de solidaridad. ¿Podemos seguir organizándonos nuestras «cenas de fin de semana» y continuar disfrutando alegremente de nuestro bienestar, cuando el fantasma de la pobreza está ya amenazando a muchos hogares?

Nuestro gran pecado puede ser la apatía social y política. El paro se ha convertido en algo tan «normal y cotidiano» que ya no escandaliza ni nos hiere tanto.

Nos encerramos cada uno en «nuestra vida» y nos quedamos ciegos e insensibles ante la frustración, la humillación, la crisis familiar, la inseguridad y la desesperación de estos hombres y mujeres.

El paro no es sólo un fenómeno que refleja el fracaso de un sistema socio-económico y que obliga a las naciones a preguntarse qué es lo que no funciona.

El paro son personas concretas que ahora mismo necesitan la ayuda de quienes disfrutamos de la seguridad de un trabajo. Quizás daríamos algún paso concreto de solidaridad si nos atreviéramos a contestar a esta pregunta: ¿necesitamos realmente todo lo que compramos? ¿Cuándo termina nuestra necesidad real y cuándo comienzan nuestros caprichos?

P. Juan Jáuregui Castelo